

ADRIENNE RICH

*Nacemos de mujer:
la maternidad como experiencia e institución*

Madrid, Cátedra, 1996, 419 p.

Como poeta y feminista, Adrienne Rich, ya conocida por las/os lectoras/es españolas/es, especialmente por sus ensayos recogidos en *Sobre mentiras, secretos y silencios*¹, nos ofrece no sólo una teoría más de la maternidad, sino también su testimonio, su investigación y su compromiso intelectual y vital. Creemos que la traducción de *Nacemos de mujer* (1978) ha sido un gran acierto, puesto que da un enfoque feminista, personal y profundo a uno de los aspectos importantes de los que el patriarcado se había apropiado: la maternidad.

A. Rich reconoce que la opresiva definición que se consolidó en el siglo XIX de la mujer como ángel del hogar —definida ante todo como casta y madre— mutiló el potencial de creatividad y de acción femeninos. Se estableció una división que cortó las alas de las aspiraciones de las mujeres: la división entre lo público (ámbito que se clasificó como masculino) y lo privado (ámbito al que se redujo lo femenino). Para las burguesas la trampa consistió en una idealización de la maternidad que suponía más bien un confinamiento, una anulación de la libertad personal. No es, pues, de extrañar que *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir incida en el lado perverso de la maternidad, en el hecho de que la sociedad no confíe en la mujer ni en la madre para nada y, en cambio, deje en las manos de este ser frustrado la crianza del niño. De este modo, se contaba con una versión oficial, institucionalizada, para la que ser madre era el destino natural, la labor única que justificaba el destino de toda mujer. Por otra parte, el contradiscurso beauvoiriano se gestaba con la rabia ante dicho destino que privaba de toda proyección política a las mujeres. Éstas

¹ Barcelona, Icaria, 1983. En él ya se incluían algunos artículos sobre la maternidad: “La maternidad en cautiverio” y “Maternidad: la emergencia contemporánea y el salto cuántico”.



eran las posiciones que estaban más claramente marcadas y enfrentadas en los años 50 y 60. Sin embargo, las feministas de las nuevas generaciones demandaban otras respuestas al tema de la maternidad, que fuesen más allá de la sumisión absoluta o del rechazo frontal de la maternidad.

Y aquí es donde vendría a colación la lúcida crítica que realiza Adrienne Rich. Por ello se convierte en necesaria y urgente la tarea de separar la institución patriarcal de la experiencia de ser madre. Rich rechaza la visión patriarcal de las mujeres exclusivamente como madres. Además, no les concede a las madres ningún privilegio especial respecto a las demás mujeres. Ni se olvida tampoco de combatir el desprecio que ha lanzado la sociedad contra las mujeres sin hijos, llamándolas “estériles”. Dicho desprecio corresponde al hecho de que la maternidad se haya usado para anular cualquier otro tipo de identidad, lo cual no ocurre con los hombres, pues éstos son valorados en sus múltiples facetas. Analiza Rich cómo padecen las mujeres concretas los patrones patriarcales impuestos. Patrones que se desprenden de los modelos sociales (discriminación de las madres solteras o de las madres lesbianas), de las leyes civiles (que a menudo protegen actos como la violación dentro del matrimonio, o se niegan a darle un valor público a las tareas del ama de casa), de las imágenes religiosas o tradiciones culturales (por ejemplo la Virgen María del cristianismo o en el hinduismo la destructora diosa Kali). La autora nos relata su propia experiencia como madre lesbiana de tres hijos. Reconoce que estuvo alienada por la institución de la maternidad, ya que estaba obsesionada por el estereotipo de la madre cuyo amor es incondicional y se borra a sí misma. A pesar de que sentía una gran ternura por sus hijos, en ocasiones era presa de arrebatos de ira o caía en estados de depresión. En algunos momentos llega a identificarse con una madre que asesinó a sus hijos por tanta cólera reprimida. Todo era debido a un desesperado intento por representar el papel de ángel del hogar y madre perfecta, según las imágenes patriarcales de la maternidad.

Rich estudia la posible existencia de una sociedad matriarcal, de un pre-patriarcado en el que imperaba la adoración a las deidades femeninas, especialmente a la diosa madre. La devoción a la diosa madre (llamada Astarté, Tarit, Asherah o Istar; o, en la mitología egipcia, Isis, Hathor, Nut y Neptis) era una prueba del poder y consideración que recibía la mujer en aquella sociedad. De este culto han quedado numerosas figuritas neolíticas, precolombinas, minoicas y egipcias —entre otras—. Progresivamente este culto fue sustituido por el monoteísmo patriarcal, pero, además, esto era reflejo de cómo estaban siendo relegadas las mujeres al ámbito doméstico. La mujer se convierte en madre,



hija o esposa y pasa a ser “patrimonio” del padre o del marido. Desaparecen las deidades femeninas de carácter positivo, poderosas; así, por ejemplo, en la mitología griega Hera es la esposa celosa y Gea, Rea, Medea y Clitemnestra son madres destructoras. Mientras en el matriarcado las diosas representaban lo sagrado y creativo de las mujeres, éstas eran respetadas y reverenciadas. Después, con el patriarcado se eliminan las deidades femeninas —la Virgen María, por ejemplo está en un plano muy secundario, de total dependencia—, lo cual supone una muestra más de la minusvaloración y desprecio que sufren las mujeres. Se las reducirá al papel de madres y este papel ni siquiera lo construyen ellas mismas, sino que se las intenta someter y dominar, encasillar en los moldes del patriarcado.

Otro aspecto que denuncia es la manera en que se ha usurpado el cuerpo femenino y se ha hecho que esté en manos de expertos, impidiendo que las mujeres sean quienes decidan. Rich estudia la historia de la asistencia al parto. Sostiene que el papel de ayudantes fue en principio de las comadronas, pero que los hombres fueron apropiándose de dicho papel. Llegaron a fundirse el partero y el obstetra en una sola persona, y es entonces cuando las mujeres asumen cada vez más una posición más pasiva. Lo peor fue cuando se identificó el sufrimiento pasivo como femenino y se aplicó a todos los demás aspectos de la existencia. En cuanto al parto se dejó mayoritariamente en manos de médicos, quedando así las mujeres al margen. Se trataba el parto como una enfermedad y no como una experiencia positiva en la que las mujeres pudieran participar y extraer un mayor conocimiento de su cuerpo.

Rich destaca el vínculo existente entre madre e hija. Va más allá de la matrofobia, del rechazo explicado por Beauvoir, pues la hija se ve reflejada en las limitaciones y frustraciones de la madre. Hélène Cixous y Luce Irigaray también han abordado el tema del vínculo, pero insistiendo mucho más en la corporalidad. Rich no niega el vínculo corporal pero, además, contempla la necesidad de un legado espiritual, de unas ansias de realización: “Hasta que entre madre e hija, entre mujer y mujer, a través de las generaciones, no se extienda una línea de confirmación y ejemplo, las mujeres errarán siempre en el desierto” (p. 353). Su visión se opone frontalmente al amor materno institucionalizado, al amor sacrificado, en el que la madre aparece ante la hija como una víctima, ahora la madre ha de ayudarse a sí misma, porque sólo así logrará abrir las posibilidades futuras de su hija, impulsarla a luchar para conquistarlas.

Para A. Rich, si la institución de la maternidad ha alienado a las mujeres definiéndolas exclusivamente como madres, de las que se espera que vivan una

maternidad sin ambigüedades y de acuerdo a los valores patriarcales, su propuesta es un cambio radical para que cada mujer (sea madre o no, sea soltera o casada, heterosexual o lesbiana, etc.) se realice ante todo como una persona. Sólo así será posible que las mujeres que lo deseen experimenten la maternidad como una experiencia individualizada, a veces contradictoria, que en muchos casos no coincide con la versión institucionalizada. Para alcanzar esta libertad, las mujeres tienen que dejar de ser utilizadas como un útero e incrementar su autoestima, su poder de decisión y participar activamente en la sociedad.

DOLORS CUENCA TUDELA
Universitat de València

